

Discurso: Dra. Maria Cristina Escobar
Premio Horwitz 2007

Sras. y Sres.

Recibo esta distinción con sentimientos encontrados, muy agradecida por el reconocimiento que éste representa a más de 30 años de carrera profesional y por otro lado con una gran sorpresa de ser la galardonada. Este importantísimo premio, que entrega la Fundación Panamericana de la Salud y Educación (PAHEF) en honor del Dr. Abraham Horwitz, compatriota chileno y director de la Organización Panamericana de la Salud por dieciséis años, lo han recibido otros tres chilenos, Dres. Fernando Monckeberg, Jorge Mardones Restat y Ricardo Uauy, todos académicos y salubristas de reconocido prestigio. Este año, para mi sorpresa, se me distingue, a una profesional especialista en salud pública con un perfil muy distinto, una servidora pública que trabaja hace más de 20 años en el Ministerio de Salud de Chile.

La característica más interesante de mi carrera profesional ha estado marcada por los cambios, de orden epidemiológico, político, cultural y económico. Cuando ingresé a trabajar al Ministerio de Salud a cargo del Programa de Salud del Adulto, la prioridad era la salud infantil, combatir las altas tasas de mortalidad infantil y la desnutrición, sólo treinta años después el principal problema son las enfermedades crónicas de los adultos y la obesidad; en lo político, estudié gran parte de la carrera de medicina durante tiempos convulsionados del gobierno socialista del Dr. Salvador Allende, luego me especialicé en Salud Pública e ingresé al Ministerio durante los últimos años del gobierno militar de Augusto Pinochet, y desde 1990 he trabajado junto a cuatro gobiernos distintos de una misma coalición política, la Concertación. La revolución tecnológica con la incorporación de los computadores personales y el desarrollo de las comunicaciones, fundamentalmente el "Internet", junto a al crecimiento de la economía, han hecho que Chile, a pesar de su aislamiento geográfico, esté integrado al mundo, con una economía pujante, pero como la mayoría de los países de la Región, con grandes desigualdades.

Este es el contexto en que he desempeñado mi trabajo, siempre desde el Ministerio de Salud y, aunque no lo crean, siempre desde la misma oficina. Mi responsabilidad ha sido la de convocar a expertos y líderes de opinión, nacionales y muchas veces internacionales, sin distinción política, para avanzar en la formulación de las políticas, planes y programas para abordar la epidemia de las enfermedades crónicas no transmisibles. Todo el apoyo técnico que he recibido durante mi gestión ha sido desinteresado, sin retribución financiera.

Lo mío ha sido un trabajo silencioso y continuo que junto a la colaboración de muchos profesionales de excelencia, sociedades científicas, organizaciones no gubernamentales y del propio ministerio de salud, ha contribuido a colocar el cuidado de la salud del adulto y la prevención y tratamiento de las enfermedades crónicas entre las prioridades de salud del país: el examen de medicina preventivo del adulto y del adulto mayor, el diagnóstico y tratamiento de por vida de las personas hipertensas y diabéticas, el tratamiento del infarto agudo del miocardio, ataque cerebral, la insuficiencia renal crónica terminal y la mayoría de los cánceres que hoy disponen de un tratamiento efectivo, tienen hoy día en Chile garantías universales de acceso, oportunidad de tratamiento y protección financiera.

Todas estas garantías de tratamiento para las enfermedades crónicas más prevalentes han sido sin duda un gran avance en términos de reducir sus complicaciones invalidantes y letalidad, como también en satisfacer las necesidades y expectativas de la población, sin distinción. El desafío ahora es la salud, lograr otorgar mayor prioridad a la prevención, con medidas de salud pública poblacionales intersectoriales y mayor educación en salud de la población. En estos momentos estamos avanzando más hacia la izquierda, en términos poblacionales, no políticos, para abordar los principales factores que determinan estos niveles epidémicos, principalmente a través de la promoción de una alimentación saludable, para prevenir y combatir la obesidad. En este sentido, mi última obsesión es el fomento de la actividad física como la gran píldora que puede contribuir a revertir los factores determinantes de las principales enfermedades crónicas.

Deseo expresar mis agradecimientos a muchísimas personas que desde la OPS me han brindado oportunidades y me han apoyado en el desarrollo de nuevos proyectos: el Dr. Jorge Litvak, entonces jefe del Programa de Salud del Adulto, quien comprendió la importancia y urgencia de empezar a trabajar por la salud de los adultos mayores en la Región, la Dra. Helena Restrepo, quien me enseñó que la salud se debe trabajar en un contexto más comunitario y político, el Dr. Franklin White, un gran motor que nos permitió avanzar muy significativamente en el cuidado de la salud de las personas con diabetes a través de un trabajo multidisciplinario. El trabajo durante muchos años junto a Armando Peruga y Sylvia Robles también de la OPS, con Andrés Petrasovits (QEPD), David Maclean y Sylvie Stachencko de Canadá, por su constante apoyo en la creación y consolidación de la Iniciativa CARMEN, red panamericana para la prevención de la enfermedades no transmisibles que ya cumplió los 10 años de vida. En tiempos más recientes, a la Dra. Branka Legetic y Alberto Barceló por su permanente apoyo.

No puedo dejar de mencionar en este momento el apoyo de mi familia, especialmente de mi marido, médico también, clínico, que gracias a su apoyo incondicional, afectivo y también porque no decirlo económico, he tenido la tranquilidad para dedicarme a la salud pública, sin la presión de la responsabilidad económica frente a mi familia.

Para terminar, recibo este premio con humildad, porque siento que represento a una gran masa de profesionales técnicos servidores públicos anónimos de mi país y de la región. Distinciones como esta nos estimulan a seguir trabajando con igual fuerza y entusiasmo.